

BADAJOZ

UNA VISITA A LA CATEDRAL

(De un libro en preparación)

I

CUANDO remontaban el extremo de la calle del Obispo, ya a la vista de la Catedral, dice Don Antonio a María Victoria, parodiando a Cervantes:

—Este es el antiguo y celebrado «campo» o alto de San Juan... Y no «plaza de la Constitución» —añade—, porque nadie le llama aquí de ese modo, a pesar de este baldío letrero que ves en las esquinas...

Don Antonio había nacido en Badajoz; de rancia y acaudalada estirpe, era un extremeño cien por cien, pero amaba a Sevilla, donde residió desde muy joven, como a su segunda patria. Allí matrimoniara con una ilustre dama que, prematuramente desaparecida, lo dejó heredero y poseedor de un título nobiliario y de una maravilla de mujer, «rubia y sevillana»; su hija María Victoria... Ahora la traía por primera vez a Badajoz con motivo de las fiestas de San Juan, en cuya primera corrida, de máximo cartel, encabezado nada menos que por el inmenso «Rafaé» Gómez, «el Gallo Grande», debían lidiarse toros de su propia ganadería, ubicada allá, en las marismas del Guadalquivir...

María Victoria quiso, ante todo, visitar la catedral. Su padre le serviría de «cicerone»... Porque Don Antonio, hombre enteradísimo en múltiples aspectos del humano saber; gran «catador» de caldos y de caballos jerezanos, de toros y del «cante» andaluz de auténtica solera, era, sobre todo, un enamorado de la belleza melancólica que se oculta bajo los escombros del tiempo y de la historia y una reconocida autoridad en cuanto se refiriese al nostálgico Badajoz de los siglos medioevales.

.....
Ya en medio de la plaza de San Juan, ante la llamada puerta del «Cordero», de severa traza herreriana, preguntó María Victoria:

—Esta ha de ser la antigua Santa María del Castillo, ¿no?...

—Poco a poco, niña, —atajó Don Antonio...— Santa María del Castillo ni tiene, ni tuvo que ver nunca con este templo... Eso es harina de otro costal.

—Entonces, la catedral pacense...

—¡Nada de pacense, hija de mi alma!... Y añadió muy cómico:— Veo con pena que no es tan firme como imagino tu confianza en mi suficiencia de «cicerone». Ya conoces mis teorías sobre este asunto... Puedes denominarla catedral «badajocense», «badaucense», «bataliocense»,... ¡Todo, menos «pacense», por Dios!... Eso de «Pax Augusta» no pasa de un pobre «canard» mantenido a través de siglos gracias a la holgazanería o a la rutinaria buena fe de historiadores ingenuos. Ahora mismo podría yo enumerarte veintitantas variantes de la palabra Badajoz, que tuve la paciencia de recoger, tanto del geógrafo Edrisi y otros autores árabes, como de poemas cristiano-musulmanes, crónicas, bularios y otros documentos, así civiles como eclesiásticos, de la Edad Media... Y aun puedo asegurarte que Badajoz, Batalioz, Badauncium, etc., ni siquiera son de raíz latina;... tal vez una derivación lejana del adjetivo griego «bátalos»...

Mientras hablaba creyó sorprender Don Antonio en los ojos de María Victoria una leve sombra de desencanto...

—Has admirado dijo— tantos maravillosos templos de España, y de fuera, que sólo en el exterior son ya una verdadera epifanía de arte, que no es fácil te impresionen estos muros escuetos y desnudos... Ten en cuenta que esta catedral, probablemente asentada sobre los restos de una antiquísima y humilde basílica mozárabe, también bajo el título de San Juan Bautista, tuvo principio en pleno siglo trece, cuando Alfonso noveno de León arrancó definitivamente la ciudad al poderío árabe en mil doscientos treinta... Durante años no fué más que eso, un mero recinto amurallado, con almenas, barbancas y otros ingenios defensivos de la época, que iban poco a poco desapareciendo a medida que se robustecían los contrafuertes de contención de la obra de dentro. En realidad, no fué sino una nueva fortaleza erigida en este «alto o campo de San Juan», en cuyo ámbito, años más tarde—acaso el mil doscientos cincuenta y cinco—, por iniciativa y la valiosa ayuda de Don Alfonso el Sabio comenzaría la construcción de la catedral «nueva», puesto que en mil doscientos setenta y dos la consagró Don Fray Lorenzo Suárez, sucesor del primer obispo «histórico» de Badajoz, Don Pedro Pérez... ¡Hay tantas cosas que merecen ser recordadas para explicar otras... y lo son tan poco!...

—Verás,—prosiguió Don Antonio con su charla mezclada de gracia andaluza y humor extremeño—; para mejor ambientarte, niña, como se dice en las conferencias de la gente culta, permíteme otra parrafadita... de las mías... El ilustre penitenciario de esta misma iglesia, Don Juan Solano de Figueroa, en su magnífica «Historia Eclesiástica de Badajoz», publicada en mil seiscientos setenta, escribe así, poco más o menos: «Nuestra Basílica y silla Catedral dedicada a la protección de San Juan Bautista, no es de fábrica suntuosa, porque, como antigua, se ha quedado en aquél género de edificio en que la cimentaron sus primitivos arquitectos; y, como la renta de la fábrica es moderada... no ha sido fácil reducirla al «uso y gala» de los edificios modernos»... Con ésto te explicarás la mo-

desta apariencia, aunque nada adusta ni sombría, sino más bien ligera y airosa, de una catedral que pudo ser de las más espléndidas de la península, de haber continuado su construcción al ritmo que deseó imprimirle el Rey Sabio, agradecido a esta noble ciudad que, con Sevilla y Murcia, se le mantuvo adicta cuando la rebeldía de su hijo, Don Sancho, y hasta de su propia mujer;... así como suena, hija;... no pongas esa cara;... es rigurosamente histórico.

Seguían pasando ante la fachada del Cordero, en la agradable sombra, hasta la «punta del diamante»...

—Espera que encienda un cigarro,—dice Don Antonio. Y prosiguió: Hasta mil setecientos doce, en que, por fin, quedó terminada la última de las capillas laterales con el generoso esfuerzo del insigne prelado Don Juan Martín del Rodezno, hubo largos intervalos en que nada se hizo, y el culto divino se ejercía precisamente en Santa María del Castillo, o de Calatrava, en la ciudadela, donde la población de Badajoz se refugiaba entera en los momentos de peligro para la ciudad, que han sido muchos... De ahí la conclusión tuya y de otros que se las dan de documentados...

—Esta puerta, llamada del Cordero, es bien sencilla, como ves. No obstante su sobriedad herreriana, tiene mucha solera histórica; otro día te hablaré de eso...

—¿Aquella es la torre?—preguntó María Victoria... ¡qué rara!..

—Si me aguantas otro discursito, acabarás por mirarla con simpatía, a pesar de todo... Verás, .. vamos andando. Yo creo—explicó Don Antonio—que ésta es una torre que se quedó en «lo hablao»... Quiero decir, que pudo ser una especie de Giralda, y hasta pensarían rematarla en aguja gótica o cosa así; pero, como ves, no pasó de prisma cuadrangular de modesta altura, con este ensanchamiento de la base en taludes, que debe de ser un feísimo pegote posterior, no sé con qué objeto. Parece terminada en mil quinientos treinta y dos, aunque comenzada tal vez un siglo antes, pues sus tres cuerpos principales van apareciendo con largos intervalos entre sí. A pesar de su sencillez geométrica, es esbelta y valiente, con su remate en crestería de finos pináculos y los ojos de su campanil oteando la extensa vega del Guadiana... Y tiene bastante que admirar, no creas. Por lo pronto, mira en esta misma cara noroeste esa linda ventana ojival del tercer período.

Continuaron andando y, al dar la vuelta, ya al hilo de la fachada principal, señaló Don Antonio un ventanal románico en el cuerpo inferior de la cara sudoeste, y por encima, el entrelazado de motivos también ojivales que corre por toda la cornisa...

—¿Y has visto—observó Don Antonio—nada más fino que esa ventana platerca de mil quinientos cuarenta y seis, obra de Juan de Ayamonte, con su esbelto mainel o parteluz, rematada por la elegante concha del tímpano?... Desde aquí puedes leer perfectamente el mote «Ave María», que le da nombre...

Ante la amplia escalinata de mármol blanco de la entrada principal contemplaron el pórtico de San Juan Bautista; de proporcio-

nes dignas, realmente majestuosa: de puro estilo neoclásico, con sus pares de columnas jónicas sobre alto basamento prismático que flanquean la puerta, sosteniendo el entablamiento en que descansa un frontón sobrio y entonado, en cuyo fondo se abre una hornacina con la bella estatua en mármol del Bautista, regalo del ilustre Martín del Rodezno.

— Esta es la puerta de San Blas, la más antigua de todas—dijo Don Antonio—; y este rincón tan apacible, que parece alumbrado con sol de otros siglos, es lo más típicamente románico de todo el edificio, con esas dos humildes ventanitas del primer periodo, que más parecen «saeteras», y esas gárgolas rudimentarias. Como vez, querida, en este olvidado rincón todo es dorada piedra granítica, enferma del tiempo y de nostalgia; desde estas toscas gradas—que rompió una bomba de los portugueses en mil setecientos cuatro, cuando la guerra de Sucesión—hasta el sencillo arco de la puerta, con su recuadro de tendencia clásica y la pobre imagen en piedra del «señor San Blas», que tan venerado fué en Badajoz. Era ésta, sin embargo, —añadió Don Antonio—, la puerta de honor en los siglos catorce y quince.

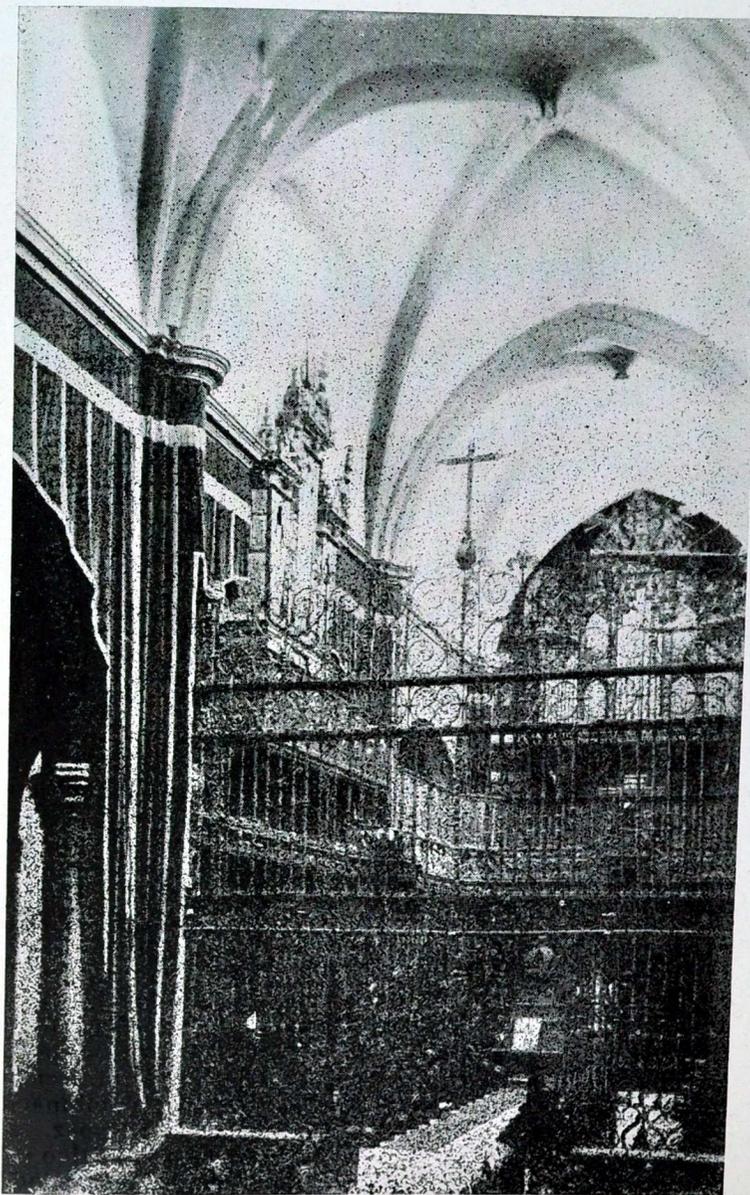
II

María Victoria y su padre, ya dentro del templo, se han colocado ahora exactamente en la intersección de la nave principal con la transversal, que forman el crucero; debajo de la enorme y suntuosa araña de bronce dorado, estilo Luis XV, que pende de la dovela superior o clave, regalo de un ilustre escritor y político extremeño del pasado siglo. De espaldas a la capilla Mayor y presbiterio, tienen a su frente el Coro, a su derecha la Puerta del Cordero, que abre al «campo de San Juan», y a la izquierda la entrada del Claustro, a esta hora inundado de claridad suave y fresca.

Don Antonio vuelve a tomar la palabra una vez más, como requiere su grave función de «cicerone»:

—El punto en que nos encontramos es el centro de la cruz latina, tipo español, sobre la que fué trazado el edificio. Esta cruz, sin embargo, no quedó bien determinada hasta el siglo diez y seis o mediados del quince, en que se terminó esta nave transversal o de crucero... Al revés de lo que «dicen» que dijeron los fundadores de la Catedral sevillana, la de ésta debieron pensar: «Fagamos un templo de tales proporciones, que los venideros nos tengan por assaz discretos»... Porque, si te fijas, eso es lo que predomina en su conjunto; la armonía de masas y «vanos»; la discreta combinación de luces, que nos da una suave y humilde impresión de paz...

—Técnicamente hablando— prosigue el aristocrático «cicerone»—son tres naves del más depurado gótico del primer período; aunque, con más exactitud, yo diría que se trata de un ejemplar de transición; un románico asturiano—leonés inmediato a la Reconquista. Así lo demuestran estas bóvedas de crucería diagonal, cuyas aristas quedan sólo acusadas por sencillas nervaduras. Sus arquitectos, to-



ALBUM EXTREÑO.—Catedral de Badajoz. El Coro. (Foto Arribas)

davía ignorados, resolvieron el arduo problema de los empujes con la mayor naturalidad, haciendo que esta nave central, como fácilmente se aprecia, no cargase sobre las laterales, pues no hay verdaderos arbotantes, sino sobre estos robustos pilares compuestos de columnas arracimadas y cilíndricas sobre basas de tipo primitivo.

—Y creo que puedo darte las principales medidas,... verás: Esta nave central tiene unos sesenta y dos metros de longitud y diez y ocho de altura, mientras que las dos laterales miden unos cincuenta y seis por siete de altura, y la de crucero treinta y seis de longitud e igual altura que las laterales.

—Eres un segundo Menéndez Pelayo, papa,—dijo riendo María Victoria.

—No tanto, hija;... pero, vamos,... si se tercia, no hace uno mal papel todavía.

El claustro le pareció a María Victoria sencillamente espléndido, iban parándose ante los altares de cada ángulo, pues viene a ser un cuadrado perfecto encerrando un patio de aspecto monacal, con su cisterna o aljibe en el centro. Hay en el ambiente un grato aroma de azahares y los jazmineros agarrados a los muros cubiertos de hiedra comienzan a exhalar su primer aliento y entre los naranjos, limoneros y palmeras hay un revuelo clamoroso de pájaros al ver profanada su tranquilidad en la mañana cristalina...

—Antiguamente estos altares se llamaron «estaciones»—explicó Don Antonio—, aunque con diferente nombre del que hoy tienen: eran, el Santo Cristo, San Blas, los Reyes y el de los Pastores. Ahora son estos medianos lienzos, no ha mucho restaurados: el Bautista, martirio de San Bartolomé y de San Sebastián, Santa Brígida y aquél de junto a la puerta, una Virgen...—Este es el panteón del general Menacho, defensor de la plaza cuando los franceses de Napoleón. Es una obra moderna, en mármol, como ves, de muy poco mérito... Lo que sí es una verdadera joya de esta iglesia es lo que tienes veinte pasos más allá...

Y María Victoria contempló, admirada, la «Lauda» del Maestre Don Lorenzo Suárez de Figueroa, Duque de Feria; maravilloso medio relieve, en bronce, del más refinado gusto milanés del cuatrocientos con la delicada orla que lo encuadra y la leyenda del pie en caracteres góticos flanqueada por dos escudos de la noble casa...

Antes de abandonarlo, ya había hecho Don Antonio la correspondiente referencia histórica sobre el Claustro. El seguía creyendo que hubo un primitivo claustro y el actual no es sino una restauración, o más bien, una ampliación de aquél...

—Sí, querida;... verás tú cómo son estos «líos» de la historia... «Va resultando», como dicen allá, en México, que al viejo cronista de la ciudad, el doctor Don Rodrigo Dosma—que, por cierto está enterrado a la entrada de este claustro—, se le escapó cierto «papel» antiguo que Solano de Figueroa leyó en su tiempo. Es de mil cuatrocientos dos de la Era, equivalente al mil trescientos setenta y cuatro de nuestro cómputo, y se trata de una licencia del Cabildo al

vecino de Badajoz Juan Durán para que pudiese enterrar a «su mujer» Elvira Pérez, «a la entrada de la clostra». Y tampoco estaba enterado el bueno de Dosma de que por esta fecha el Cabildo celebraba sus reuniones precisamente en el Claustro, aunque las funciones sagradas tuviesen lugar en Santa María del Castillo. Hay un documento del mismo año que te he citado que, si mal no recuerdo, empieza así: «In Dei nómine, Amén. En la Claustro de la iglesia catedral de Badajoz, once días del mes de Junio»,... y es nada menos que el acta notarial de reconocimiento y aceptación, por parte del Cabildo, de la Bula pontificia nombrando obispo de la diócesis a Don Fernando Sánchez. ¿Estamos?... La ampliación y mejora de que te hablé antes debió terminarse en el pontificado de Don Alfonso Manrique de Lara, a juzgar por esa inscripción dedicada al emperador Carlos quinto en mil quinientos veinte. Observarás que esta arquitectura presenta un severo conjunto del gótico con elementos decadentes. No sé por qué me imagino yo—y esto es opinión particular de un ganadero de reses bravas—que ha podido ser obra de un artista bastante familiarizado con cierta escuela alemana, pues las bovedillas de los tramos angulares ofrecen la afortunada combinación de arcos en diagonal con ligaduras y nerviaciones secundarias, de lo que carece el resto de las bóvedas...

—Esta es la capilla del Santo Cristo, veneradísimo en esta tierra. Desde tiempo inmemorial, en las frecuentes sequías, pestes y otras calamidades que asolaban la ciudad, salía en procesión de penitencia al mismo tiempo que el «señor San Roque» y la Virgen de Bótoa. Y Don Antonio se puso a describir menudamente las particularidades de la austera capilla... —Tiene bastante mérito barroco con el Santo Cristo, antigua y valiosa talla con marcadas reminiscencias góticas del siglo catorce.

Dijo María Victoria:

—Estos ventanales altos con sus columnatas corridas, ¿no te recuerdan a Santillana del Mar y otros del norte?

—Así es —asintió Don Antonio—; lo que no han hecho en Santillana del Mar, ni en otros, es estragar su prestigio antiguo con este zócalo de azulejos, de patio o colmado sevillano o freiduría malagueña, por no decir otra cosa... Fué un desafortunado «revoqué» de principios de este siglo... ¿Qué le vamos a hacer? añadió cómicamente...

.....
—¡Chiquillo!..., Quién iba a pensar?... ¡Venga un abrazo!...
El que así hablaba era un canónigo de porte distinguido que acertó a salir de la sacristía en el momento en que María Victoria y su padre penetraban en ella...

Al desprenderse del abrazo, largo y efusivo, el canónigo se disculpó con María Victoria:

—Perdone, señorita... Somos como hermanos... Hija tuya ¿no?... Se cruzaron presentaciones y recuerdos gratos. El capitular, nacido en Badajoz, y Don Antonio se profesaban desde su niñez y sus primeros estudios un cariño fraternal. Hombre cultísimo, entre

otras funciones que desempeñaba en la Catedral, tenía las de conservador del tesoro artístico.

—Eres un descastado, Antonio;..., no, no intentes justificarte... Supe que mañana se lidia ganado tuyo;... has podido avisarme que venías tú también...

Y luego dirigiéndose a María Victoria:

—Supongo, señorita, que le gustará conocer algunas cosas de verdadero mérito que todavía nos quedan;... y digo «todavía» porque con las guerras de mil seiscientos cuarenta y mil setecientos, y después, la ocupación francesa... e inglesa añadió riendo—, desapareció de la ciudad buena parte de su riqueza artística... Claro, que su papá, que es un verdadero experto...

—Nada de experto... Estando tú, ya no hay experto que valga... Desde ahora mismo, resigno mi función de «cicerone»... —¡Hombre —exclamó—; estos son los tapices que yo conocí... Eran ocho, ¿no?...

—Efectivamente... Se trasladaron a la sacristía—explicó el canónigo—a tiempo, por fortuna, de evitar su completo deterioro... ¡Una catástrofe!

—Ya lo creo.

—¿Son gobelinos?

—En realidad flamencos; aunque por el entramado y finura de ejecución diríanse gobelinos.

—Entonces, la sala capitular y las otras del Claustro, ¿que son ahora?—preguntó Don Antonio.

—Un medio museo. Tenemos allí, entre otras cosas, cuatro tablas del «divino» Morales, lienzos de alto valor de Bocanegra, de Ribera, Corregio probablemente, el inmenso Zurbarán, Palomino y otros menos conocidos, pero magníficos...

Mira, querido —atajó Don Antonio—, como pensamos quedarnos unos días, ya vendremos con más calma a admirar todo eso... Ahora, si te parece, acabaremos de ver el templo.

—Encantado—... Y el canónigo conduce a sus amigos a lo largo de la estrecha «girola» o «deambulatorio» que corre en torno al ábside, por detrás del altar mayor. Fueron a salir al lado del Evangelio, a una pequeña sacristía, para desembocar en la primera de las diez capillas laterales que se abren a lo largo de los muros del templo.

—Esta es la capilla de la Magdalena—dijo el canónigo—; un buen modelo Renacimiento, erigida en mil seiscientos noventa por el insigne obispo Martín del Rodezno, que hizo labrar este espléndido mausoleo en alabastro, donde reposan sus cenizas. Podéis leer...

—Costeó también este prelado las hermosas rejas y el retablo neoclásico con ese buen lienzo de la Magdalena... Ahora estáis delante—continuó el canónigo—de algo de mérito excepcional: este es el altar llamado de Nuestra Señora de la Antigua... El porqué de esta denominación es un poco confuso, y largo de contar...

—Será por la puerta —insinuó Don Antonio.

—Posiblemente, —repuso el prebendado con una ligera sonrisa—; pero no lo creo yo así..., porque tú sabes muy bien que es mucho

más antigua la puerta de San Blas... Bueno; lo cierto es, señorita, que le encuentra antigüedad y mérito, ¿no?

—Ya lo creo—dice María Victoria.—¿Prerrafaelítico?...

—Desde luego,... una valiosa tabla de escuela italiana del siglo quince. Y esta otra capilla, del mismo siglo, es la llamada de los Fonseca. Además del precioso retablo, tiene pinturas de la «primorosa mano», dice Solano de Figueroa—del insigne Luis de Morales... Esta otra es la capilla de Santa Bárbara, con su retablo gótico, de verdad, ¿eh?...; esas ocho tablas y la imagen de nuestra Señora de las Tribulaciones son de positivo mérito; así como las rejas de la entrada.

—Bueno, chico,—interrumpió Don Antonio—; vamos a ver el presbiterio, ¿no?; porque la verdad, el tiempo no me da más de sí... Tengo que hablar de toros...

—Y tomar unos chatitos—añadió riendo el canónigo...

—Y que lo digas... Te invito.

—*Vade retro*... Soy abstemio;... y me va muy bien.

—Pero comerá con nosotros, ¿verdad papá?—aventuró María Victoria...

—Ni que decir tiene... Nada, nada, no hay pretexto que valga...

—Sea—dijo el canónigo—; ¿cómo podría negarme, señorita?... ¿Continuamos?... Antes veremos otra cosa.

Y pasando al extremo de la nave lateral opuesta, les hizo penetrar en la capilla del Sagrario.

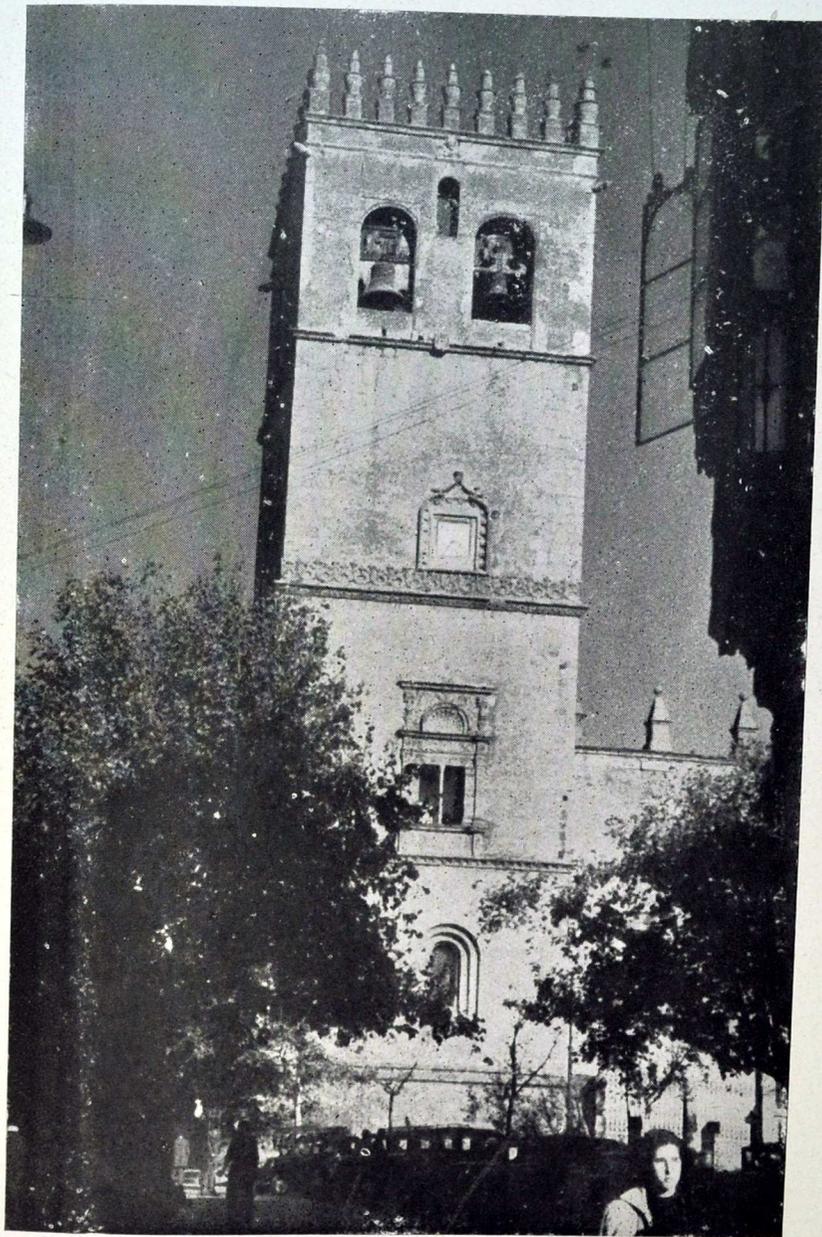
—Venimos aquí primero—dijo—, porque en ciertas monografías se califica de plateresco al retablo de la capilla mayor o presbiterio. Eso es una confusión algo explicable. El retablo plateresco es éste, como podéis ver; con sus dos cuerpos y el remate, que simboliza el Padre Eterno. Esas esculturas de los apóstoles San Pedro y San Pablo son de Blas de Escobar; y puede que igualmente el San Juan Bautista y esa preciosa talla de la Virgen. Lo que pasa es que este retablo, terminado en mil seiscientos sesenta y ocho a expensas del obispo fray Jerónimo de Balderas, se hizo para el altar de la capilla mayor, y allí estuvo hasta mil setecientos diez y siete, año en que fué trasladado a esta capilla, cuando se inauguró el retablo mayor hoy existente.

—Aquí se explica todo, no es como en caballería—afirmó Don Antonio riendo.

—¡Hermosísimo!—exclamó María Victoria, ya en el presbiterio ante el retablo mayor...—Y decías, papá—, añadió en tono de reproche cariñoso.

—Yo no decía nada, hija mía...

—Tiene usted razón, señorita... Digan algunos lo que quieran—prosiguió el canónigo—, este retablo es uno de los pocos modelos del auténtico churrigüesco, en que los elementos ornamentales están distribuidos con insuperable buen gusto, sin las extravagancias expresionistas de imitaciones posteriores.



ALBUM EXTREMEÑO: Un aspecto de la Catedral de Badajoz. (Foto Pesini)

A la vista del Coro, María Victoria no pudo reprimir su entusiasmo.

—Nunca podría imaginar una cosa tan bella!...

—Lo creo, señorita— asintió el canónigo con un vivo gesto de complacencia. —Tan bello es este Coro plateresco, realización de Jerónimo de Valencia y Bernardino Torres, que por una cualquiera de sus tablas han ofrecido verdaderas fortunas. En toda Europa no es fácil encontrar nada que le supere en pureza de estilo y maestría de ejecución. Debió terminarse hacia mil quinientos cincuenta y siete. Sólo en la región valenciana he visto parecido a la graciosa elegancia, casi helénica, influenciada de Italia, que anima a estas ochocientas veintitrés maravillosas tallas en medio relieve de mártires, vírgenes, doctores, abades y demás motivos, repartidos en ochenta y cinco sillas corales.

.....
—¿Cuántos órganos tiene... tres?— preguntó María Victoria.

—Dos solamente... Este es figurado. El de enfrente, pequeño, pero muy completo, es el que se emplea en el culto de los días ordinarios. Ese del testero, como ve, con su caja monumental barroca, es un magnífico instrumento. Se restauró hace pocos años adaptándolo en lo posible a las exigencias de la organería moderna, y fué construído en mil setecientos veintisiete por un «maestro organero» de Salamanca, José Martínez Hernández.

—¿No te gustaría verlo más de cerca, niña?...— dijo Don Antonio con una sonrisa significativa.

—¡Ya lo creo, papá!—; y en los ojos de María Victoria, de un azul profundo e infantil, había un brillo de gozo ..

—¡No faltaría más!—exclamó el canónigo—. Vamos arriba, ahora mismo. Casualmente tengo aquí la llave.

Minutos después, el suave zumbido del motor eléctrico anunciaba que el órgano estaba listo para dejar oír su voz.

.....
Los dedos sabios, constelados de joyas, de María Victoria jugaban suaves y se entrelazaban sobre el teclado rimando acordes de ensueño en la calma fragante del templo, que ascendían por las bóvedas sacras hasta fundirse con las vibraciones de la luz policromada de los ventanales.

Primero fué el «Largo» de Haendel; luego, el canto incoercible del rapto místico de Parsifal... Un rayo de sol posándose en la exaltación del momento, rompió toda la trompetería del órgano magnífico en el «fortissimo» triunfal de la excelsa Cabalgata wagneriana... Pero en vez de Walkirias y dioses paganos del Wahalalla, fueron ahora las Vírgenes, los Mártires, los Doctores, los Pontífices, todas las seculares figuras de las bellas tablas del Coro, quienes, cobrando volumen y vida, iban subiendo a las alturas y, a la cabeza San Juan Bautista, formaban el resplandeciente cortejo del Cristianismo, que sigue al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.